



Madrid 16 de Diciembre de 1861.

**SUMARIO. ARTICULOS.**—Las escuelas orientales, por L.—El nido (continuacion), por don Antonio Arnao.—Historia: España goda, por don José S. Biedma.—Las Flores, por don E. Hernandez.—La varita maravillosa, por doña Robustiana Armiño de Cuesta.—Los manjares mas saludables.

**GRABADOS.** Escuela turca.—D. Rodrigo.—Batalla de Guadalete.

## LAS ESCUELAS EN ORIENTE.

AS escuelas en Oriente no se hallan sometidas como las nuestras á una direccion general de instruccion pública, ni á ningun plan general de enseñanza, por mas que el *scheick-el-islam*, jefe de la religion, despues del sultan, sea naturalmente, aunque sin sospecharlo siquiera, el rector de la Universidad musulmana.

No nos referimos aquí á ciertas ciencias que

mas ó menos incompletamente, se enseñan ya hoy en Constantinopla; nos circunscribimos á la primera enseñanza que reciben los niños en las escuelas de Oriente.

No se encuentra en ellas mas que un libro, el Alcoran, ni mas que una ciencia, la de leerle y copiarle: añádanse á esto las primeras nociones del cálculo, algunos versos tradicionales, algunos cuentos, algunas fábulas aprendidas de memoria, y se tendrá todo el repertorio de los conocimientos mas usuales entre los musulmanes.

Considerable es, sin embargo, entre ellos el número de escuelas: solo en Constantinopla existen mas de trescientas, ya públicas, ya particulares; y no hay aldea, por pequeña que

Núm. 47.

sea, que no cuente con varias. En la costa de Africa, por ejemplo, únicamente en la ciudad de Argel habia unas ciento antes de que los franceses la conquistaran. Así es, que no es raro encontrar hombres del pueblo, hasta portadores de fardos, que sepan leer y escribir de corrido.

La mayor parte de estas escuelas deben su origen á fundaciones piadosas, y no hay mezquita que no tenga alguna bajo su proteccion.

Es verdad que su establecimiento no es ciertamente ruinoso, ni con mucho. Consisten generalmente estas escuelas en una gran sala abovedada, ó alguna tienda con todas las puertas abiertas, sin que esto excite la curiosidad de los que pasan por la calle, ni distraiga á los discípulos que están dentro. Cubre el suelo una estera de junco, y de la pared penden tablillas y tambien cuadros caligráficos, con versos del Alcoran, colocados de una manera simétrica y misteriosa; pero esto no es mas que un adorno.

Acurrucado sobre un almohadon, en un ángulo de la sala, se ve al maestro, que es casi siempre un anciano. Los niños llegan, sin llevar ningun libro bajo el brazo, dejan sus babuchas en el umbral, van á besar respetuosamente la mano del maestro, descuelgan sus tablillas y se sientan en el suelo, cruzando las piernas. Sobre estas tablillas preparadas es donde los niños copian versículos del Alcoran, que leen despues ó recitan juntos en alta voz, agitando la parte superior del cuerpo, movimiento que constituye una de las formas respetuosas de la oracion musulmana. Esta monotonía salmodia recitada por las voces delicadas y puras de la infancia, no dejan de tener atractivo.

La retribucion mensual es muy pequeña, pues varía desde unos 75 á 95 céntimos de real de nuestra moneda. El profesor además cobra un sueldo de la mezquita ó fundacion piadosa que protege la escuela, y este sueldo no pasa de unos 19 reales al mes.

El castigo es el mismo en todas las escuelas de estos paises: vaquetas recibidas en las plantas de los piés; correccion, que no es mucho mas dolorosa que la de la palmeta, de la

que todavía muchos conservamos un recuerdo no muy grato.

Mas severos aun son los judíos de Oriente, que han conservado las inflexibles tradiciones de su legislacion. Los maestros, rabinos casi siempre, están armados de su terrible vergajo de buey, del que se sirven sin compasion de una manera ruda: si es cierto el adagio de *quien bien te quiere te hará llorar*, mucho deben querer á sus discípulos esta clase de maestros.

La educacion se limita entre ellos á la lectura y al conocimiento de los libros hebreos, y á la enseñanza de esta lengua, que es la única que escriben; pero los ricos no se limitan á esto y envian á sus hijos á las casas de sus correligionarios de Italia, Alemania ó Francia, para que aprendan las lenguas europeas y los usos comerciales.

No hay en Oriente escuelas destinadas á las jóvenes: ninguna mujer sabe leer, y gracias que sepan coser. Autores muy conocidos concuerdan en esta observacion. Se han hecho, no obstante, ensayos dignos de elogio para mejorar la educacion de la mujer en Oriente; hay en Argel hace ya algunos años, una escuela para las jóvenes israelitas indígenas, y esta institucion verdaderamente notable, es allí el principio de un gran progreso; algunas señoras inglesas fundaron en Atenas un establecimiento semejante, de incontestable utilidad: estos han sido los primeros auxilios de la cadena que ha de unir la progresiva civilizacion occidental á la estacionaria y atrasada civilizacion del Oriente.

Aunque lo que hemos dicho de las escuelas puede aplicarse á la mayor parte de las de aquellos paises, no se debe deducir de esto que no haya entre los orientales hombres eminentes por su sabiduría. En las corporaciones religiosas es, sobre todo, donde se continúan las tradiciones de la ciencia; pero en el carácter científico de los orientales se revela especialmente el génio de su raza: la ciencia entre ellos es meditabunda, contemplativa, paciente, tranquila, mientras que entre nosotros es arrojada en sus investigaciones, viva, atrevida,

inquieta y ávida de dar á luz toda conquista nueva.

una bella acuarela de Decamps, dibujo de Gerardo Seguin, que obtuvo grande éxito en una



Escuela turca.

El grabado que lleva este artículo, y que representa una alegre pléyada de niños turcos en el momento de salir de la escuela, es copia de

esposicion de bellas artes, en Paris, hace algunos años, por la gracia y la belleza del animado conjunto que ofrece su composicion. Los ni-

ños lo son en todas partes, y bajo un traje turco como bajo un traje europeo, el corazón infantil late de alegría cuando, después de algunas horas de estudio, llega á salir de la escuela en revuelto tropel con sus traviesos compañeros.

L.

## EL NIDO. (1)

[Continuacion.]

III.

El joven Príncipe y su ayo se volvieron á la quinta á que habian venido el dia anterior para respirar el aire del campo y de la primavera, cuya quinta estaba á corta distancia del sitio en que se encontraban.

Mientras iban caminando, el eclesiástico se sumió en profundas reflexiones. « Hé aquí, decia en su interior, un joven de notable probidad y energía, que á la verdad no es un hombre comun. Hizo una promesa á su compañero, y su conciencia le dice que seria vergonzoso faltar á la palabra; y para no tener que arrepentirse de semejante falta, resiste con firmeza á los halagos y á las amenazas. Semejante virtud es rara, pero mucho mas en su edad. Tan firme honradez es una joya inapreciable; y, ó mucho me engaño, ó ese muchacho promete ser un hombre distinguido que tendrá un carácter varonil, cuyas resoluciones serán inalterables. Para que se vea cómo en chozas ignoradas, se albergan elevadas cualidades que en vano se buscarian en los palacios! »

Lo primero que hizo el ayo al volver á entrar en la quinta, fué mandar llamar al mayordomo. Hablóle del pastor y le refirió cuanto acababa de pasar.

—Como vos, añadió, debeis conocerle,

quiero que me deis cuantas noticias sepais acerca de su persona.

—Sí, respondió el mayordomo, le conozco. Se llama Jorge, y puedo asegurar que es el joven mas apreciable de estos alrededores. Su padre, que ejerce una humilde industria, es extraordinariamente pobre, pero tambien es uno de los campesinos mas honrados que hay en diez leguas á la redonda. Hace algunos años está viudo. Ha criado á Jorge, su hijo único, en el temor de Dios; y estoy persuadido de que este infeliz joven llegará á ser tan buen cristiano y hombre tan honrado como su padre.

Vino la tarde. En cuanto hubo dado su última leccion, el joven Príncipe corrió apresuradamente á una ventana.

—Holá! exclamó; ya está Jorge con su ganado á la entrada del bosque, mirando hacia aquí sin cesar. De seguro nos aguarda.

—Pues bien, respondió el ayo, vamos á verle y sabremos su respuesta.

Y sin perder tiempo dejaron la quinta y se encaminaron al bosque.

Al verles llegar, el pastor echó á correr á su encuentro, dando brincos de alegría.

—Miguel ha consentido! gritó en cuanto llegó á un punto desde el que pudiera dejarse oír. Me ha llamado necio é imbécil porque no acepté lo que me propusisteis, siempre que luego se lo hubiera dicho y hubiese dividido con él la recompensa. Mas no me pesa haber esperado para obtener su permiso. Ahora ya puedo enseñaros el nido, y lo haré con mucho gusto. Haced el favor de seguirme.

Jorge se internó en el bosque. El ayo y su educando iban detrás de él y con trabajo le seguian, porque no estaban acostumbrados á caminar por entre espesos matorrales.

De pronto párase Jorge, y haciendo señas á uno y otro para que se adelantasen, dice muy quedo al Príncipe:

—¿Veis allá arriba en la rama de aquel olmo un lindo pajarito, manchado de amarillo, que canta tan primorosamente? Suyo es el nido. Ese es el macho. No hay que hacer ruido. Marchemos poco á poco para no espantarle. Ya estamos cerca del nido.

[1] Cuento tomado de una imitacion de Schmid, hecha por el abate D. Pinart.

Pronto llegaron á un sitio menos intrincado del bosque. En medio de la frondosidad de los árboles que le rodeaban, se destacaba un arbusto de sueltas hojas, cuyo limpio verdor contrastaba con los ramos de blancas y olorosas flores que bordaban toda su copa, resplandeciendo con el brillo del sol poniente.

El buen Jorge señaló con el dedo hácia el arbusto, y dijo al Príncipe en voz baja:

—Señor, allí está; miradlo bien.

Y adelantando un paso de puntillas, añadió:

—Ved, ahora está la hembra calentando los huevecillos.

El Príncipe, cuyo corazón latía de curiosidad y emoción, se acercó poco á poco, y la vió en efecto cubriendo el nido. Escapósele medio ahogado un grito de gozo, y en el momento mismo voló asustada la madre. Entonces pudo el Príncipe contemplar á su placer aquel nido artísticamente construido, como antes dijimos, y además los cinco huevecillos que contenía. Fué para él una verdadera satisfacción.

Así que le hubo examinado detenidamente, dijo el eclesiástico á Jorge:

—Bien, hijo mio, volvamos pasos atrás. Supuesto que nos has enseñado el nido, justo es ahora que recibas la recompensa que te prometimos. Pero como no te sería fácil partir el oro con tu camarada, voy á pagarte en plata.

Dicho esto sacó un bolsillo de su faltriquera, y en el banco de piedra donde habían estado por la mañana y al que habían vuelto, contó al muchacho veinte francos nuevos y de limpia blancura. El infeliz pastor que nunca había visto reunido tanto dinero, estaba como asombrado.

—Ahí tienes veinte francos, añadió el ayo, pero ten cuidado de dar la mitad á tu compañero: así lo convinimos, y descanso en tu fidelidad.

—Oh señor! contestó Jorge; podeis estar seguro de que así lo haré.

Y despues de haber dado gracias al eclesiástico, se alejó á todo correr, como si hubiese robado el dinero.

El ayo creyó prudente seguirle á hurtadi-

llas, para convencerse de que hacia lealmente la particion. Jorge no tomó ni una moneda mas de las que le pertenecian; y en cuanto á éstas las llevó á su padre sin reservarse para sí ninguna.

#### IV.

No dejaba de ir el jóven Príncipe todos los dias en las horas de asueto á hacer una visita al nido. En un principio se asustaban los pajarillos al verle; pero notando que no les hacia daño alguno, se acostumbraron á su presencia, y aun le permitian acercarse mucho á ellos sin remontar el vuelo.

En estas visitas diarias transcurrieron dos semanas. Pero ¿cuáles no fueron una mañana los transportes de gozo del jóven Príncipe, cuando observó que los diminutos polluelos rompian la cáscara de los huevecillos en que estaba cada uno encerrado, y salian uno trás otro de su cárcel! Aun le sorprendió mas y le inspiró mayor interés el observar cómo los cinco alargaban el cuello por fuera del nido, abriendo cuanto podian sus piquitos amarillos, y haciendo á la vez oír su *pio! pio!* siempre que el padre ó la madre les llevaban alimento. No cabia en sí de gozo. Renovaba todas las mañanas su visita á aquellos interesantes pequeñuelos, y le proporcionaba una verdadera felicidad el ver á unos séres tan débiles desarrollarse de dia en dia, y cubrirse poco á poco de una plumilla fina y delicada. Por fin, cierta hermosa tarde que estaba observándolos, viólos con gran contentamiento aventurarse á salir del nido, desplegar por primera vez el vuelo, é ir á posarse en las ramas inmediatas. El padre y la madre, lanzando alegres gorjeos, les seguian al parecer con ansiedad. Como queriendo animarlos, saltaban en torno de ellos de rama en rama; despues se alejaban breves instantes como incitándoles á que les siguiesen, y por último volvian á ellos llevando á unos y otros el acostumbrado alimento.

Durante estas escursiones, el Príncipe y su

ayo solían encontrar á Jorge que , como siempre , cuidaba de sus corderos. El eclesiástico observaba con placer , que aquel honrado muchacho tenia siempre un libro en la mano , y que sin descanso leía en él con suma atención.

—Holá! Jorge, dijo á éste un dia; parece que tienes en qué distraerte. Veamos cómo lo haces. Hazme el favor de leer un poco.

Jorge accedió con gusto á lo que se le pedía, leyendo en alta voz y poniendo mucho cuidado; pero de vez en cuando tropezaba con una palabra, y se veía obligado á deletrearla.

—No está mal, no está mal, djíjole el ayo para animarle. ¿En qué escuela has aprendido?

—En qué escuela? respondió el pastorcillo moviendo la cabeza. Ay señor! nunca he tenido la dicha de ir á ninguna. En primer lugar está muy lejos , y además tendria que pasar en ella mucho tiempo. Como somos pobres, pues, y mi padre tiene que trabajar todito el dia para que los dos comamos, yo por mi parte hago lo que puedo para ganar algun dinerillo. Durante el invierno paso el tiempo hilando lino en mi casa, y por el verano guardo este ganado. Sin embargo, como yo tenia muchísimas ganas de aprender algo, rogué á mi compañero Miguel, que fué mucho tiempo á la escuela y que lee de corrido, que me enseñase lo que sabe , y así lo ha hecho. Dándome leccion, me ha enseñado las letras, y despues como se juntan y se deletrean. Pero ya empiezo á leer solo. Casi he pasado ya de cabo á rabo este librito que es de Miguel, y en el cual estudiaba él cuande iba á la escuela. Por desgracia se ha puesto tan sucio y roto, que apenas logro leer algunas letras; y además son éstas tan pequeñas que me cuesta mas trabajo conocerlas.

Algunos dias despues, volvió el Príncipe á encontrar al jóven pastor. Sentado éste sobre el césped á la entrada del bosque y á la sombra de una frondosa haya, estaba como de ordinario leyendo atentamente en su libro. Acercósele el Príncipe y le dijo con afabilidad:

—Toma, Jorge, aquí tienes un libro que te presto. Las letras son grandes y claras y te costará poco trabajo distinguir las.

Diciendo esto, le dió un hermoso volúmen, enteramente nuevo, encuadernado en tafíete encarnado, y embellecido con cortes y dibujos dorados.

—Cuando seas capaz, añadió, de leer en él una página sin equivocarte, será tuyo porque te lo regalaré.

Al oír semejante proposicion, no tuvo límites la alegría de Jorge. Dió gracias á su bienhechor, y cogió el libro con la punta de los dedos, con tanto cuidado como si hubiera sido un encaje, que hubiese podido estropearse con el mas ligero contacto.

Cuando al dia siguiente distinguió de lejos al Príncipe, corrió apresuradamente hácia él y le dijo:

—Monseñor, (porque le habian advertido que no bastaba decirle *señor*), podeis escoger la página que querais de las seis primeras de este libro, y os prometo leerla de corrido y sin equivocarme.

El Príncipe escogió una al acaso. Jorge la leyó sin vacilar una sola vez.

—No se puede hacer mejor, contestó aquel: Jorge, tuyo es el libro; puedes guardarlo.

Jorge dió un salto de alegría.

(Se continuará)

ANTONIO ARNAO.



## HISTORIA.

ESPAÑA GODA.

VI.

Hemos seguido paso á paso la marcha triunfal de un pueblo que procedente de las regiones heladas de la Escitia llegó á sentar su planta vencedora en uno de los países mas florecientes del Mediodía, y á fundar en él un reino que subsistió por espacio de cuatro siglos. Vamos ahora á verle desaparecer en un solo instante, de una manera imprevista é inesperada, y como tal vez no ha caído imperio alguno.

Rodrigo, último rey de los godos, se ciñó la corona después del destronamiento de Witiza. Monarca jóven, entregado á los vicios, y mas dado á los placeres que al gobierno del Estado, no supo dominar los heterogéneos elementos que en su contra se habian hacinado. Todos los historiadores antiguos han atribuido su pérdida y la de España á sus funestos amores con Florinda, hija del conde Julian. Los modernos con mas criterio se han negado á admitir semejante fábula, sosteniendo, y con razon, que debió existir otra causa mas poderosa para la venida de los árabes. Fué en efecto la enemiga de los partidarios de Witiza, entre los que se contaban el mismo conde Julian, Opas, arzobispo de Sevilla, y los hijos

de aquel monarca, que aunque con amigos en la córte y el pueblo, carecian de las fuerzas suficientes para destronar á Rodrigo, y acudieron á ejemplo de Atanagildo y otros de sus antecesores á pedir auxilio á una nacion estraña, siendo ahora los sarracenos los que por primera vez y para largos siglos comenzaron á tomar una parte activa en los negocios de nuestro país.

Recien convertidos al Islamismo habian los árabes estendido sus conquistas por oriente y occidente, llegando á dominar por medio de sus caudillos hasta el mismo Estrecho de Gi-

braltar. Ya en el reinado de Wamba manifestaron sus invasores miras sobre España, pero aquel monarca los escarmentó en el mar, y no pudieron pisar las riberas de Andalucía. Comprendiendo entonces que no era este el camino para entrar en nuestra Península, apelaron á otro, y le encontraron en la amistad de los godos, vecinos suyos. Mandaba á la sazón en Ceuta el conde Julian, quien con consentimiento de los hijos de Witiza



D. Rodrigo.

y de Opas, su tío, hizo alianza con los moros, que no tardaron en invadir á España, aunque con escasas fuerzas por entonces. Habiéndoles salido bien esta primera tentativa, hicieron otra al año siguiente, y en ella se consumó la destrucción de la monarquía goda. Tarik, teniente de Muza, desembarcó en Algeciras, y guiado por el conde Julian fué á atrincherarse á Gibraltar, donde le siguió el godo Teodomiro con un cuerpo de tropas. Pero vencido en el primer encuentro escribió á Rodrigo, que se ha-

lla ba sujetando á los cántabros que se habian rebelado , quien reunió sus gentes y marchó en busca de los africanos.

Encontrólos á orillas del Guadalete, cerca de donde se halla situado ahora Jerez de la Frontera. Corto era el número de los musulmanes y mucho mayor el de los cristianos, pe-

ro aquellos se hallaban mas agueridos y tenian una confianza de que carecian los godos, que entregados á la molicie, y guiados por jefes jóvenes é inesperados fiaban en su número mucho mas que en su valor ni en sus armas. Aun así la batalla estuvo indecisa por largo tiempo, y sin la traicion de Opas y de los hijos de Witiza tal vez España hubiera conservado su independencia. Trabóse la pelea al despuntar la aurora del último dia de Julio de 711, sosteniéndose durante todo él sin que ninguno de los dos ejércitos pudiera proclamarse victorioso. Al siguiente comenzó de nuevo la lucha, continuando con igual indecision y sin ventaja alguna. Acaso estaban ya vencidos los árabes, cuando su jefe Tarik, arengando á las tropas corrió al encuentro de Rodrigo. El desgraciado monarca se hallaba combatiendo al frente de los suyos con un valor que honra su memoria. Herido por la lanza de Tarik, le arrastró al Guadalete su caballo desbocado, y pereció en las aguas de este rio funestamente célebre.



Batalla de Guadalete.

Opas y los hijos de Witiza se pasaron en tanto á los musulmanes, decidiendo de este modo en favor suyo la batalla. Desde aquel momento no hubo ya esperanza para los godos, que corrieron á ocultarse en las mas ásperas montañas, cuna de nuestra independencia, pero que por entonces solo sirvieron de un pasa-

jero asilo á los restos de la monarquía goda, que convertida en castellana, luchó desde ellas durante ocho siglos hasta volverse á constituir en una de las naciones mas fuertes y poderosas de Europa.

Pero antes de ir mas allá derramemos una lágrima de doloroso recuerdo sobre la tumba de Rodrigo, y no olvidemos los nombres de aquellos ilustres varones que hicieron por primera vez de España un reino independiente, una nacion con leyes y costumbres exclusivamente suyas. Dominado hasta la

venida de los godos nuestro pais por los cartagineses y romanos, no habia tenido nunca existencia propia, y habia siempre formado parte ó sido esclavo de las razas que tuvieron la osadía ó la constancia suficiente para dominarla. Pudiera muy bien, en particular al principio, contarse á los godos en este número; poco despues sin embargo se asimilaron con los vencidos, y llegaron á formar un mismo pueblo, dando así un gran paso en el camino de la in-



dependencia, que parecia negada á la península ibérica. Aunque nada mas debiéramos á los visigodos, solo esto bastaria para que los citásemos con aprecio y respeto, pero por fortuna hicieron mucho mas en favor de nuestra gloria y progreso. Su monarquía fué la mas ilustrada de su época, sus leyes las mas sábias de su tiempo, y hasta las ciencias y las artes alcanzaron un grado de esplendor á que no se elevó entonces nacion alguna. En aquel período brillaron Ildefonso y Eugenio, Leandro é Isidoro, lumbreras de la Iglesia y grandes escritores, que nos han legado en sus obras monumentos imperecederos del saber de su siglo. No faltaron historiadores que refiriesen los hechos que presenciaban, y entre ellos se encuentran Paulo Osorio, Julian de Toledo, Isidoro de Beja, el Obispo Idacio y el abad Juan de Vidara. Las ciencias eclesiásticas fueron tambien cultivadas con grande acierto por Leandro é Isidoro, de Sevilla, Julian y Félix, de Toledo, Braulio y Tejon, de Zaragoza, Martin, de Braga, y Mansona, de Mérida. La poesía encontró por último legítimos representantes en Draconcio, Orencio y Eugenio III, que llegaron á una altura de que no hay ejemplo en aquellos ni algunos siglos despues, constituyendo á la monarquía goda en el gérmen de la civilización, que se conservó entre los árabes por medio de los mozarabes, y sirvió de fecunda semilla, que estendiendo sus vastas raices acabó por adornar y dar sombra á la rejuvenecida y civilizadora Europa.

JOSÉ S. BIEDMA.



## LAS FLORES.

Desde el principio del mundo las flores nacen, crecen y mueren, ya en vistosos jardines, ya en profundas soledades.

Unas, durante muchos siglos, han ocultado en el fondo de las selvas y en la cumbre de las rocas, su hermosura, sus perfumes y sus virtudes, y otras no han sido trasplantadas todavía al continente europeo, ni sometidas al exámen de los sábios.

Algunas figuran en la historia del mundo, ya porque han servido á los hombres de ornamento para los altares que elevaban á sus Dioses, ó de símbolo á sus fábulas, ya porque han inspirado la mente de los poetas: de estas, que llamaremos *flores civilizadas*, vamos á ocuparnos en el presente artículo.

Si la *rosa* es la reina, el *lirio* es el rey de las flores, tanto por su hermosura y aroma, como por citarle la Sagrada Escritura, que en uno de sus versículos dice: *Dios, el Señor de todas las flores, ha elegido el lirio*, y en otro, refiriéndose á María, *lo que el lirio entre las flores, es mi amada entre las hijas de Israel*.

La misma honra que al lirio concede á la rosa la Sagrada Escritura: *Me he criado, dice la Sabiduría eterna, como las palmeras de Cadés y los rosales de Jericó*. El soberano Pontífice de los hebreos ceñía á su cabeza, en ciertas solemnidades, una corona de rosas, y los amantes el día de su desposorio.

En la mitología leemos que la *rosa blanca* nació el día que Minerva surgió de la cabeza de Júpiter, y que la *encarnada* debe su color, segun unos, á la sangre de Adonis herido por un javalí, y segun otros á la de Vénus, que al correr en su auxilio se hirió con las ramas de la espesura. La rosa estaba consagrada á Vénus, al Amor, á Baco, á las Musas y á los dioses Penates. En algunos bajo-relieves aparecen Aglae la mas jóven de las tres Gracias, con una rosa entreabierta en la mano: y la primera Hora del día, cubriendo de rosas el camino de la Aurora, y ésta el del Sol, su padre.

Las obras de los poetas latinos y griegos demuestran hasta la evidencia el aprecio en que los antiguos tenían esta flor: la cultivaban con preferencia á todas, y se adornaban con ella en las grandes solemnidades.

No decayó en la edad media este aprecio: no hay libro de Caballería que no la cite: Oriana, la prometida de Amadis de Gaula, prisionera en una torre, arroja á su amante desde ella una rosa bañada en su llanto.

Andando el tiempo se convirtieron en enseña de una de las guerras mas desastrosas que ha sostenido Inglaterra: la casa de York tenia por divisa, en su escudo, una *rosa blanca*, y la de Lancastre una *rosa encarnada*, y durante veinte y cinco años los partidarios de una y otra casa derramaron á torrentes la sangre á la sombra de ellas.

Los pintores místicos representan á Santa Isabel de Hungría y á Santa Rosa de Lima, á aquella con un ramo de flores en la falda, y á esta en la mano. El domingo de *Lætare*, el Soberano Pontífice inciensa y bendice una rosa de oro, que envia al príncipe ó princesa que ha contribuido mas eficazmente al sostenimiento y triunfo de la fé.

La *violeta*, segun la mitología, es la diosa Io, que por haber contestado irreverentemente á Apolo, fué convertida en flor. En las ceremonias del paganismo representaba un importante papel; se ofrecia á los dioses Lares y se cubrian con sus hojas los cadáveres despues de colocados en la urna funeraria.

Ninguna flor ha sido, esceptuando el lirio y la rosa, tan querida y ensalzada, ni ha servido tan frecuentemente de objeto de comparaciones y de imágenes á los poetas y á los moralistas. Todo es en ella notable: la belleza, el perfume y la precocidad.

El *narciso*, segun la fábula, es hijo de Cefisa y Liriope: el sábio Teresias predijo á sus padres y á sus parientes que moriria apenas se viera; y con objeto de evitarlo, le educaron en el fondo de los bosques, donde no habia espejo de plata, escudos de acero ni vasos de oro, cuya superficie tersa y limpia pudiera reproducir su imágen. Pero olvidaron que en el fondo

de los bosques habia rios, lagos y fuentes; miróse en una, y los Dioses le transformaron en la flor que lleva su nombre, y que crece en la márgen de los rios y al pié de las fuentes. No obstante su hermosura, tiene un aspecto melancólico; de aquí que en la antigüedad se la considerase como una flor de muerte, y coronaran con ella á Némesis.

El poeta inglés Cowley ha cantado al narciso en un poema; la fábula de Narciso enamorado de sí mismo, es acaso la ficcion mitológica mas popular.

El *jacinto*, tambien segun la mitología, es Ajax, metamorfoseado en flor por los Dioses, despues que vencido por Aquiles se atravesó el pecho con su propia espada.

El *tulipan*, cuyo nombre se deriva de una palabra turca que significa turbante, debe una parte de su celebridad á los holandeses, cuyas cabezas estuvo á punto de trastornar á principios de este siglo. La aficion convertida en vicio, llegaron los tulipanes á ser un objeto de ágio. Se cotizaban como las acciones de una empresa de comercio. Un vecino de Harlem dió por el que se conoce con el nombre de *virey*, 36 sacos de trigo, 4 bueyes, 12 carneros, 2 toneles de cerveza, 100 libras de queso y un vaso de plata.

El *pensamiento*, que tanto se ha perfeccionado de algun tiempo á esta parte, no tiene historia: los escritores místicos le presentan como símbolo de la Santísima Trinidad, por sus tres colores y su forma triangular.

La *camelia*, como otras tantas flores, se debe á los misioneros: el padre Camelli, jesuita, prendado de la hermosura de esta flor, que tambien se llama *rosa de la China ó del Japon*, la envió á Europa en 1739. Crece naturalmente en China y en el Japon, y sirve para algunos usos domésticos el aceite que se estrae de ella. Se conocen quince clases de camelias.

La *verbena*, simbolizaba para los galos la lealtad y la rectitud: los hechiceros se servian de ella para sus encantamientos y la confeccion de sus filtros, y los paganos, en los tiempos primitivos, para purificar los altares de Júpiter. Vulgarmente se llama *ciralo todo*.

La *adormidera*, que no obstante sus colores matizados de blanco y negro, rosa y púrpura, es una planta triste, pero una de las que mayor celebridad gozaron en el mundo antiguo: consagraronla á Morfeo y á Céres, ya porque Júpiter la dió á comer á esta diosa para procurarla el sueño y hacerla olvidar á su hija, ya porque crece entre el trigo. Brota espontáneamente en Siria y en Egipto, y en la India, la Persia, la Turquía y el Asia; se extrae de ella el ópio.

La *anémona*, segun la fábula, nació de la sangre de Adonis y las lágrimas de Vénus. Rica en colores y en perfumes, nace con el dia y muere con la tarde: es el emblema de la fragilidad.

Terminamos aquí estos apuntes, porque no ha sido nuestro propósito hacer la historia del descubrimiento de las flores por los viajeros y los botánicos, ni menos las de sus propiedades y virtudes, siquiera este trabajo nos ofreciera innumerables ocasiones de admirar la sabiduría de su Creador.—(*Extractado.*)

E. HERNANDEZ.

### LA VARITA MARAVILLOSA.

Marta se habia quedado viuda muy joven, encontrándose á la muerte de su marido al frente de una familia numerosa y de una casa de labor de las mas fuertes de la comarca.

Pero así como todo prosperaba en ella durante la vida de su marido, que era un hombre honrado, activo y laborioso, desde los primeros dias de su viudez las rentas disminuian, y los gastos aumentaban de tal manera, que Marta desconsolada con la idea de su próxima ruina, se decidió á pedir consejos á un ermitaño célebre que habitaba en una de las montañas mas cercanas á su renombrado cortijo.

—¿Quién es el que se encuentra al frente del gobierno de la casa? le preguntó gravemente el ermitaño?

—Una mujer de toda mi confianza, res-

pondió sencillamente Marta, una mujer en quien he delegado mi autoridad, y que gobierna en mi nombre á los demas criados y mozos de labranza.

—¿Y quién es el encargado de recaudar y administrar los caudales?

—Un hombre que merece tambien toda mi confianza, y que era el mejor amigo de mi difunto.

—Aguardáos un poco Marta, respondió gravemente el ermitaño.... Creo de buena fé que acabo de encontrar el remedio para conjurar las calamidades que os aflijen.

El ermitaño salió, volviendo á los pocos momentos con una varita de avellano.

—Tomad, la dijo, entregándole la varita, durante un año entero es preciso que paseis con esta vara tres veces al dia por la cocina, por la bodega, por los establos y el granero, haciendo la misma ceremonia como una hora antes de amanecer, y otra á las altas horas de la noche. Tambien os recomiendo que despues de la oracion del medio dia la dejeis descansar una hora en la habitacion del que con tanto acierto recauda y administra vuestras rentas.

Dentro de un año volved á verme y dádme cuenta exacta de vuestros adelantos.

Marta que reconocia desde luego la sabiduría del ermitaño, se volvió á su casa llena el alma de esperanza, y ejecutó al pié de la letra lo que aquel le habia recomendado.

La varita operó desde el primer dia tales maravillas, que era imposible dudar de su mágica é incomprensible virtud.

Bajando de improviso á la bodega se encontró con que el mozo encargado de su custodia le robaba impunemente el vino. Pasó en seguida á la cuadra, y á pesar de que el sol marcaba ya en el cuadrante el medio dia, los caballos no habian aun probado el pienso; al anochecer se presentó en el establo, y aunque las vacas habian dado la cantidad de leche acostumbrada, habia mermado la mitad.

Alentada por aquel inesperado descubrimiento presentóse Marta despues de la media noche en la cocina, adonde sus criados creyéndola dormida celebraban tranquilamente un

pequeño banquete, mucho mas succulento que el de su señora.

Al dia siguiente en el momento de despues de medio dia al dejar la varita mágica en el despacho de su administrador, se le ocurrió dedicar aquella hora á la revision de las cuentas, en las que descansando por completo en la rectitud de su administrador no se habia mezclado jamás.

Marta encontró en ellas grandes inexactitudes, todas en contra suya, y comprendiendo que aquellos administradores de su hacienda contribuian tan solo á su inminente ruina, se decidió á llevar por sí misma la cuenta y razon de sus gastos, despidiendo en el mismo dia al administrador y al ama de gobierno.

Pero Marta era sencilla y crédula como ninguna, y apenas se atrevia á separarse un momento de su varita, á la que atribuia la maravillosa virtud de rehabilitar su arruinada fortuna.

Al cabo de un año aquellas visitas cotidianas produjeron al fin el objeto deseado, y Marta tuvo el placer de ver que sus ingresos habian aumentado considerablemente, en tanto que sus gastos disminuian casi mitad por mitad.

Marta, loca de alegría fué al fin á cumplir su promesa al ermitaño, al que manifestó su gratitud con las palabras mas tiernas y afectuosas, refiriéndole una por una todas las maravillas que habia operado la varita.

—¿Y no encontrais molestas esas visitas cotidianas? la preguntó el ermitaño.

—Oh! no señor! respondió sencillamente Marta, y no dejo nunca de hacerlas, teniendo especial cuidado de llevar siempre conmigo la varita.

—Pues en lo sucesivo, amiga mia, podeis ya dispensaros esa molestia. Lo que arruinaba vuestra casa era esa enfermedad terrible que llamamos desórden; para rehabilitar vuestra fortuna, para tornaros rica, Marta, os basta introducir en ella el «órden» y la «vigilancia.» (Arreglo.)

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

## LOS MANJARES MAS SALUDABLES.

Cierto dia, un príncipe que iba de caza se extravió en un espeso bosque, y tuvo que llegar á pedir hospitalidad á la puerta de una cabaña.

Le hicieron pasar con esa rústica franqueza tan propia de las clases necesitadas, y entró en el instante que los hijos de aquellos honrados labradores principiaban á cenar, agrupándose en torno de una cazuela llena de gachas, hechas con harina de maiz.

—¿Es posible, exclamó el príncipe dirigiéndose á la madre de aquellos mancebos, que estas criaturas coman con tal apetito un guiso tan grosero, y que comiendo eso estén tan robustos y saludables?

—Es que ese alimento tan ordinario, dijo la madre, le sazonan tres especies que no suelen sazonar los platos de los ricos, y son las mas gustosas. La primera es que ellos ganan el sustento con su trabajo; la segunda que no comen nada entre comida y comida, conservando el apetito para cuando se sientan á la mesa, y la tercera que desde niños los acostumbré á contentarse con lo que tienen.

El príncipe pareció asombrado de lo que oia, pero al contemplar las sonrosadas mejillas de aquellos labradores, acabó por reconocer que los manjares con que se alimentaban debian ser mas saludables que los que él comia en su palacio.

Apetito, virtud y buen contento,  
hacen siempre gustoso el alimento.

*Cuentos de Schmid.)*

Por lo no firmado: el Director y Editor propietario, P. J. de la Peña

*Editor responsable: D. Leon Moran.*

MADRID: 1861.

IMP. DE M. CAMPO-REDONDO, HUERTAS, 42.